

14. PRIMERA MISIÓN: CHIPRE Y TURQUÍA CENTRAL

Comisionados por el Espíritu Santo, los enviados por la comunidad de Antioquía, embarcaron en Seleucia (Hechos 13,4). La ciudad, edificada por Seleuco I en 300 a.C. en la



desembocadura del Orontes, para ser su capital, era el puerto de Antioquía. Distaba sólo unos 100 km de Chipre, primera etapa de la expedición evangelizado-ra de Pablo y Bernabé, oriundo de la isla.

El relato de los Hechos narra un episodio pintoresco del enfrentamiento de los apóstoles con el mago judío a ser-

vicio del procónsul Sergio Paulo. En aquella época era habitual la presencia de magos o adivinos en la corte imperial de Roma y en otras instancias del gobierno romano. Inicialmente al mago se le da el nombre de Barjesús (que en arameo sería “hijo de Josué”), pero luego se traduce como Elimas y no hay explicación segura de tal significado.

Tratando de nombres, el texto se acuerda de indicar que “Saulo también se llama Pablo”, Παῦλος (Hechos 13,9), como una adaptación benévola hacia el procónsul que había mostrado su favor al anuncio del evangelio.

Según su costumbre, Pablo comienza exponiendo su mensaje en la sinagoga. Así lo hizo en Salamina al desembarcar en Chipre (Hechos 13,5). Y así lo hace también en la primera estación después de abandonar Chipre. Pasando por Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia, patria del procónsul Sergio Paulo, el recién convertido. En Antioquía se ha encontrado una inscripción latina con el nombre del procónsul, originario de esta ciudad según testimonios romanos. Las ruinas no corresponden a su esplendor como centro cultural y militar de la región en tiempos de la romanización de Anatolia Central.

La ciudad de Antioquía de Pisidia (actual Yalvaç, en la provincia de Isparta, sureste de Turquía), fundada por Seleuco Nicátor (305-281 a.C.), pasó a ser posesión romana desde 25 a.C., englobada en la provincia de Galacia, aunque propiamente las poblaciones gálatas eran las del norte, en Turquía central, no las sureñas, como Antioquía. El emperador

Augusto la hizo colonia romana en 6 a.C. y la dotó del esplendor habitual de las grandes ciudades romanas, sin que faltara un generoso acueducto que llevaba agua fresca y abundante a la ciudad desde manantiales distantes 11 km para alimentar las termas y abastecer las casas de la clase pudiente, así como las fuentes que creaban una atmósfera agradable incluso en los días más calurosos del verano.

La ciudad se planeó como una reproducción de Roma, con su templo dedicado a Augusto en el punto más alto de la ciudad. Se han encontrado restos de esculturas que recordaban la victoria de Augusto sobre los rebeldes pisidios y fragmentos del texto latino de las Gestas del divino Augusto. El culto al Emperador estaba extendido por toda la región y había calado en la población mayoritariamente romana, pero luego mezclada con las gentes autóctonas, hasta el punto de adherirse a una alianza con el César bajo juramento: “Juro ser favorable a César Augusto, a sus hijos y sus descendientes para siempre, de palabra, de obra y de pensamiento, considerando como amigos a los que él considere tales, y mirando como enemigos a los que él juzgue así, y para defender sus intereses no escatimaré ni mi cuerpo, ni mi alma, ni mi vida, ni mis hijos”. El culto al emperador se extendió de tal forma que en tiempos de Claudio (41-54 d.C.) se cambió el nombre de las ciudades de Galacia, de modo que la región se llenó de “claudiópolis”: Claudio-Derbe, Claudio-Iconio, Claudio-Laodicea, Claudio-Cesarea, Claudio-Seleucia.

La población comprendía una numerosa comunidad judía, que contaba con una espaciosa sinagoga. Allí tuvo lugar la predicación de Pablo, que venía a ser el primer esbozo de su mensaje teológico. En contra de lo que se da por supuesto, la táctica de comenzar la predicación en la sinagoga no respondía al programa de comenzar por los judíos y, en el caso de que éstos se negaran a recibir el mensaje, dirigirse a los no judíos. La práctica iría contra la vocación de Pablo, “apóstol para evangelizar a las naciones”, ἐν τοῖς ἔθνεσιν (Gálatas 1,16). La división de campos entre Pedro (misión entre los judíos) y Pablo (a las naciones) era un principio de acción bien claro (Gálatas 2,8-9).

La sinagoga era un centro de culto pero también de vida social y cultural, que atraía a muchos no judíos. De hecho, Pablo se dirige a ese público con una fórmula que revela esa diversidad de oyentes: “Israelitas y los que teméis a Dios”. Según eso, Pablo no predicó primero a judíos en sentido propio ni tampoco a los llamados “gentiles”, esto es, a meros paganos, sino a un grupo intermedio, semijudíos, semipaganos asociados a la sinagoga, simpatizantes, a los que se denomina adoradores de Dios, θεοσεβεῖς, o temerosos de Dios, φοβούμενοι τὸν θεόν (Hechos 13,16).

Este público mixto al que Pablo se dirige en la sinagoga de Antioquía de Pisidia y en las demás ciudades (Iconio, Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto, Éfeso) será también el que formará la mayoría de las comunidades cristianas. Este público no judío, pero interesado en la religión y cultura del judaísmo podía entender las referencias a la historia de Israel que se

encuentran en las cartas. La carta a los Romanos, por ejemplo, parece dirigida a un público no judío, pero las referencias a los libros sagrados del judaísmo sólo podían ser entendidas por personas iniciadas en la cultura judía. Parece una paradoja que una carta a destinatarios mayormente no judíos se redacte con un contenido que solamente los iniciados en el judaísmo podrían entender. La explicación es fácil si suponemos que la mayoría de los miembros de la Iglesia romana no eran de origen judío, pero habían vivido como simpatizantes en los márgenes de las sinagogas antes de convertirse en cristianos. Los no judíos se sentían atraídos por la religión de Israel por múltiples motivos, sociales y políticos. Pero también por un factor religioso particular. Los pensadores griegos y romanos admiraban el *monoteísmo anicónico* judío, es decir, la creencia de que no existía más que una divinidad trascendente que no podía representarse con imágenes.

San Agustín cita un texto de la obra de Marco Terencio Varrón, gran erudito de la Roma republicana, que en su obra *Res Divinae* (escrita entre 63 y 47 a.C.), escribe que “durante más de ciento setenta años los antiguos romanos adoraron a los dioses sin imágenes. Si este uso hubiera continuado hasta hoy, nuestro culto a los dioses sería más devoto... Los primeros que erigieron imágenes de los dioses para el pueblo menguaron la reverencia y acrecentaron el error. Dioses en forma de imágenes insensatas fácilmente podrían inspirar desprecio” (*Ciudad de Dios*, 4.31).

Algo similar escribe Estrabón de Amasia, en el Ponto, que vivió entre 64 a.C. y 21 d.C.: “Moisés ... uno de los sacerdotes egipcios ... se fue de allí (de Egipto) a Judea, pues afirmaba que los egipcios estaban equivocados al representar al Ser divino con imágenes de fieras y animales domésticos y que los griegos también se equivocaban al modelar a los dioses en forma humana. Ninguna persona sensata puede fabricar una imagen de Dios que se asemeje a cualquier criatura de las que existen entre nosotros. Los seres humanos deben dejar de tallar imágenes para dar culto a Dios sin imagen alguna”.

El hallazgo arqueológico de dos columnas en la sinagoga de Afrodisias, la ciudad dedicada a Afrodita en el siglo II a.C., a 230 km al oriente de Esmirna, en la moderna población turca de Geyre, en las inmediaciones de la localidad más turística de Pamukkale, demuestra que el público afecto a las sinagogas en las que predicaba Pablo comprendía un número apreciable de no judíos interesados por la religión judía. En la ciudad se construyó una gran avenida de 91 metros de largo y 14 de ancho, con paredes de 12 de alto en las que aparecían representadas las victorias de Augusto sobre las muchas naciones incorporadas al Imperio, como también muchos de los personajes de la dinastía julio-claudia, desde Augusto hasta Nerón. Este edificio, comenzado en tiempos de Tiberio (14-37 d.C.) y acabado en tiempos de Nerón (54-68 d.C.), se dedicó a Afrodita, a los “dioses augustales” (θεοὶ σεβαστοὶ), esto es, a los emperadores divinizados según la teología imperial (de ahí el nombre de *Sebasteion*), y al pueblo de la ciudad.

La sinagoga se construyó a comienzos del siglo III d.C. en el terreno que hoy ocupa el museo de la ciudad. Cuando en 1976 se hacía la excavación para los cimientos del museo, apareció una columna en la que están grabados los nombres de 126 bienhechores que habían contribuido a la edificación de la sinagoga misma o de alguna de las instituciones de estudio o de beneficencia que funcionaban en el ambiente de la sinagoga. Entre esos bienhechores hay catorce nombres judíos, tres son prosélitos y a dos se les denomina θεοσεβείς, esto es, adoradores del Dios Único, afectos al judaísmo, sin llegar a pedir la admisión en el judaísmo. En otra cara de la columna se menciona a otro medio centenar de “adoradores de Dios”, por tanto ni judíos ni prosélitos, que también contribuyeron a la edificación de los edificios de la sinagoga. En la lista completa de bienhechores (126 nombres) figura solamente una mujer, Yael (יָעֵל, como la heroína de Jueces 4,17-23), a la cual se le da el título de protectora o patrona, προστάτις, de la comunidad, como Febe, la recomendada por Pablo a la iglesia de Roma (Romanos 16,2). Los nombres de bienhechores van acompañados de su ocupación o profesión. Entre los temerosos de Dios se menciona a un atleta, un escultor y un tintorero.

La oposición a Pablo es atribuida en varias ocasiones a la envidia de los judíos. No es un enfrentamiento de contenido religioso. En Antioquía de Pisidia, “al ver el gentío, los judíos se llenaron de envidia, ζήλος, y respondían con blasfemias a las palabras de Pablo” (Hechos 13,45). “Incitaron a las señora distinguidas, adoradoras de Dios, y a los principales de la ciudad ... y los expulsaron de su territorio” (Hechos 13,50). Lo mismo en Tesalónica, donde como fruto de la predicación en la sinagoga de los judíos “algunos de ellos se convencieron y se unieron a Pablo y Silas, al igual que un gran número de griegos adoradores de Dios, τῶν τε σεβομένων Ἑλλήνων πλῆθος πολὺ, y no pocas mujeres distinguidas. Pero los judíos, llenos de envidia, ζηλώσαντες, echando mano de algunos maleantes de la calle, armaron motines” (Hechos 17,4-5).

Lucas ha compuesto un discurso integrando en la historia de salvación a los no judíos que se espera entrarán a formar parte de la iglesia, “todos vosotros los que teméis a Dios” (Hechos 13,26). “La promesa que Dios hizo a nuestros padres, nos la ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús” (Hechos 13,32-33).

El mismo programa se desarrolla en Iconio, Listra y Derbe, poblaciones situadas a lo largo de la Via Augusta, que iba desde Efeso a las Puertas del Tauro. En Listra, donde parece que no había sinagoga, la predicación debió hacerse al aire libre y allí tuvo lugar la curiosa confusión de Pablo y Bernabé con Hermes y Zeus. Los habitantes de la ciudad comprendían el griego, pero los misioneros no conocían el dialecto local, licaonio. Perseguidos a muerte, después de predicar en Derbe, deshicieron el camino hasta Antioquía de Pisidia y de allí, bajando a Atalía, embarcaron para regresar por Seleucia a la otra Antioquía, la del Orontes.